

Caza al amanecer

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Fateful mornings*
En cubierta: fotografía de © John Price/Unsplash
Diseño gráfico: Gloria Gauger
© Tom Bouman, 2017
All rights reserved
© De la traducción, Esther Cruz Santaella
© Ediciones Siruela, S. A., 2022
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20
www.siruela.com
ISBN: 978-84-18859-51-9
Depósito legal: M-5.014-2022
Impreso en Unigraf
Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Tom Bouman

Caza al amanecer

Traducción del inglés de
Esther Cruz Santaella

 Siruela

Nuevos Tiempos Policiaca

«Y, aun así, los sabios son de la opinión de que allí donde se encuentre el hombre estarán también los poderes oscuros que alimentan su voracidad, no en menor medida que los seres de luz que almacenan la miel en las celdas de su corazón o los seres crepusculares que revolotean de acá para allá, y que lo envolverán como una muchedumbre apasionada y melancólica».

W. B. YEATS

PARTE UNO

El sol empezaba a conquistar el cielo oriental cuando yo viajaba ya con mi camioneta por un prado camino del lago Maiden's Grove. En los montes, los álamos temblones perdían hojas como nubes de un verde pálido, y abajo, esparcidas entre la hierba, las violetas se levantaban ante la húmeda y fría primavera. Dondequiera que mirases, el verano asomaba la cabeza.

No sé quién le pondría a este lago el nombre de Maiden's Grove, pero seguramente fuese la misma persona que llamó a nuestro municipio Wild Thyme, hace doscientos años, cuando el norte de Pensilvania aún era zona fronteriza.¹ Al llegar esa gente, el lago estaba ahí: un surco glacial profundo alimentado por manantiales que desembocaba en el arroyo January, para luego conectarse al río Susquehanna en algún punto al sur y recorrer cientos de kilómetros hasta la bahía de Chesapeake.

Con un giro a la derecha enfilé la carretera que llevaba a una docena de casitas apostadas a la orilla del lago. Las habían

¹ El nombre del lago podría traducirse como «la arboleda de la doncella», mientras que la localidad se llama «tomillo silvestre». (*Todas las notas del libro son de la traductora, así como la versión de las citas o referencias que aparecen entre las páginas*).

construido en la década de 1930, cuando la familia propietaria de la mayoría del terreno circundante vendió unas cuantas parcelas para sacar dinero. Esa familia, de apellido Swales, evidentemente se había enriquecido también en el (por entonces) próspero condado de Luzerne. Hasta hace poco, habían dejado sin urbanizar las otras tres cuartas partes del lago. Los vecinos de las casas de la orilla sur eran gente pulcra y acaudalada que apreciaba la calma y la soledad. Abastecieron el lago de truchas y prohibieron las lanchas. A la altura de la casa número siete, aparqué junto a una ranchera Mercedes de color azul marino y fui caminando hasta el lateral de la vivienda. El sol de media mañana repartía una luz blanca por la superficie azul del lago, una luz que podía olerse. Rhonda Prosser, una mujer delgada de mediana edad con las extremidades enjutas típicas de una fondista, estaba agachada delante de una ventana rota del sótano. Se incorporó al verme llegar. Llevaba unas rastas grises con aros de plata y dijes entretrejididos y tenía una cara adusta y bonita, la cara de una mujer blanca, por decirlo sin rodeos, rastas aparte. La había visto acompañada de su marido en las reuniones municipales mensuales del verano. Los dos habían hecho del acoso al gerente municipal —mi jefe, Steve Milgraham— su cruzada personal por cuenta de la fracturación hidráulica. ¿Cómo estaba cuidando de nosotros concretamente la Agencia Medioambiental? ¿Dónde iba a parar el dinero recaudado gracias al impuesto contra pozos petrolíferos y de gas no homologados? Por este motivo la pareja se había hecho famosa en el condado de Holebrook, pese a ser residentes del estado de Nueva York, al norte de la frontera.

Rhonda me miró por encima de unas gafas de media luna que se le aferraban a la punta de la nariz.

—Henry Farrell, de Wild Thyme —le dije.

—Sí, lo sé. Esperaba que viniese la policía estatal —me respondió.

—Bueno...

—¿De esto piensa ocuparse? Porque ya he llamado otras veces, y le he dejado mensajes en el contestador, por la gente esa que la lía cada dos por tres en las tierras de Andy Swales, y no ha movido usted un dedo.

Tenía razón. Andy era el príncipe de la familia Swales y el año anterior se había construido un castillo de piedra en un monte con vistas a la orilla norte, además de una caseta para botes y un embarcadero. Desde la casa de los Prosser se veía un torreón.

Swales le había cedido parte de sus tierras y una caravana a la joven pareja que formaban Kevin O’Keeffe y Penny Pellings a cambio de que ellos le cuidaran la casa y los terrenos, y eso que ninguno de los dos era famoso por cuidar de nada. Hacía cosa de un año, los servicios de protección de menores les habían quitado a su hija recién nacida, Eolande, en un caso que se había hecho medianamente público. Aquel invierno, aparte de pasarme por allí alguna vez que otra por temas relacionados con los intentos de la pareja por recuperar a Eolande, tuve que presentarme en la caravana un día por una aviso de violencia doméstica; nada del otro mundo: un par de jipis enfrascados en una riña que había ido demasiado lejos.

La cuestión era que la presencia de Kevin y Penny daba una nueva excusa a ciertos personajes de la zona para acudir al lago, y a los dueños de las casas eso no les hacía ninguna gracia. Desde aquella primavera, los vecinos aprovechaban la mínima oportunidad para llamar y quejarse de algún escándalo en el Maiden’s Grove, de alguien que ponía la música demasiado alta y demasiado tarde o de que había gente que pescaba sus truchas. A esto último les respondía siempre que, si pueblas de peces un lago público, esos peces pasan a ser de la comunidad. En cualquier caso, sí le había advertido a Andy Swales sobre lo del ruido, y él me había respondido que sus

inquilinos podían hacer lo que se les antojara siempre que no se les fuera la olla, palabras textuales. Por lo que a mí respectaba, daba por sentado que vivíamos en un país libre y que la gente, si quería, podía emborracharse en el lago equivocado.

Lo peor para los vecinos de las casas de la orilla sur, peor incluso que sus nuevos vecinos del norte, era que Swales había firmado una cesión de tierras para el gas. En algún momento, en un futuro, probablemente todos disfrutasen de las vistas de una torre de perforación al otro lado del lago, que picaría veneno en la tierra sin nada que protegiese el suministro de agua más allá de un fino pozo de hormigón.

—Bueno, la policía estatal llamó a la del condado, la del condado llamó a la municipal, y la municipal soy yo, así que...
—le dije a Rhonda.

—Ajá.

—La comisaría central estatal más cercana está a una hora de aquí. Es probable que el condado colabore conmigo para comprobar sospechosos y tal. ¿Me enseña la casa?

Entramos. El interior era blanco y diáfano. Los espacios que quedaban bajo mesas y sillas estaban vacíos, las encimeras se veían limpias, las estanterías estaban llenas de libros de arte. Había chalecos salvavidas y guantes de béisbol colgados de ganchos en un recibidor con el suelo de piedra, un banco y vistas al lago. Al contrario que la mayoría de las casas que visitaba estando de servicio, en esa no había ni una sola cosa a la que poder llamar trasto. A decir verdad, la casa estaba tan poco desordenada que me costó bastante creermelo que había sufrido un robo hasta que vi vacía la estructura fijada a la pared que debía de sostener una televisión de pantalla plana y los contornos dejados por una minicadena que hasta entonces había estado sobre un aparador azul con acabado envejecido. Según Rhonda, se habían llevado dos instrumentos de cuerda antiguos, pero no el arpa de mano, de un valor incalculable y

que tenían puesta allí echándose a perder, camino de convertirse en una pieza de arte popular. Me la enseñó y la rasgó; no sonaba nada bien. En una de las habitaciones de arriba, los ladrones habían forzado un cajón cerrado con llave de una mesita de noche y se habían llevado una pistola HK automática de 9 mm. Rhonda me explicó que era de su exmarido, que la tenía por los coyotes, y la describió como negra; nadie la había tocado desde el divorcio. Le noté un leve tono de agotamiento en la voz cuando el exmarido entró en el relato. Era la primera vez que oía hablar de esa separación, así que supuse que había sido reciente. Rhonda no sabía si la pistola estaba cargada; podía ser. En el cajón quedaba una caja casi vacía de proyectiles encamisados de 124 granos. Las botellas de alcohol habían desaparecido todas. Abajo, en el sótano, se habían llevado también todas las herramientas que no estaban atornilladas. Subimos de vuelta a la planta baja.

—Esto es lo más valioso que hay aquí. —Rhonda señaló una pintura antigua en un marco dorado, con una lamparita para cuadros acoplada encima—. ¿Por qué iban a encender la luz y no llevarse la pintura? Es raro. Aunque no sé de qué me sorprende.

Unas vacas en un campo junto a un arroyo al atardecer. Rhonda enderezó el marco con un roce de los dedos y un destello de joyería turquesa.

—Volvamos a anoche. ¿Cuándo recibió la llamada?

Rhonda parecía incómoda.

—Dispusimos que los avisos llegaran aquí en vez de a la casa de Siracusa. Evan lo dispuso, mi ex. Yo anoche estaba allí, en Siracusa. El aviso lo recibió él, pero esta casa ahora es mía, así que Evan me llamó a mí. Los veranos que pasábamos aquí raras veces echábamos las puertas. Pero unos amigos del lago Silver tuvieron un problema, así que Evan contrató el sistema de seguridad, convencido de que en cuanto lo pusié-

ramos no lo íbamos a necesitar nunca. Una no se espera que pase esto.

—Viven ustedes muy lejos.

—Eso nos dijimos —respondió Rhonda, aunque se lo pensó mejor—. Pero la cosa va más allá. Una está confiada porque ha contratado algo decente. ¿Quién se va a esperar esto? Vives confiada y... —Con un índice, se limpió unas lágrimas de debajo de los ojos—. Supongo que tenemos que asumirlo y punto. No hay lugar seguro.

—Tal y como yo lo veo, estas cosas pasan. No es nada personal. Esa gente no tenía intención de hacerles daño. No sabrán ni quiénes son ustedes. Solo entienden de sus propias necesidades, y seguramente lo que necesitaran fuera heroína. Bueno, entonces la llamada sonó aquí —continuó—, a la centralita le escamó, llamaron a la policía estatal y la estatal llamó...

—A Evan, mi ex —me interrumpió Rhonda.

—Y él la llamó a usted. —La mujer asintió—. Intentaré sacar huellas y eso, aunque es probable que obtengamos más información de la gente. De la gente que hable.

No tenía muchas esperanzas. En la región, robar en las casas se consideraba delito penal, y nadie iba a querer mandar a la cárcel a su cuñado o a quien fuera por una minicadena. Y mucho menos con el espíritu de oposición a las autoridades que había enraizado en los montes de Wild Thyme. A lo mejor conseguía seguirles la pista de los objetos robados hasta el otro lado de la frontera estatal, quizá a las ciudades pequeñas de la zona sur del estado de Nueva York. Aunque probablemente no. Saqué huellas de los pomos y de algunas superficies y eché un buen vistazo general. Los ladrones no habían dejado ningún rastro. Era muy posible que antes de allanar la casa incluso se hubiesen quitado las botas. Expresé todo mi pesar y enfilé la carretera.

Tardé unos veinte minutos en volver a la comisaría. Tras dar una curva, entré con el coche en aquel valle que conocía bien y aparqué en la zona de gravilla que rodeaba el garaje municipal. El municipio de Wild Thyme no siempre había tenido a un policía en nómina. Supongo que la cosa había dependido de lo segura que se sintiera la gente y de cuántos impuestos se quisieran pagar. Antes de mi regreso de Wyoming (el estado, no el condado) unos años atrás, el puesto había permanecido vacante y la gente confiaba en la policía estatal de Pensilvania y en el departamento del sheriff del condado de Holebrook. Fue en gran medida por intercesión del sheriff Dally por lo que conseguí el trabajo; el sheriff quería reducir el radio de acción de su departamento y le pareció que yo podría serle útil mientras estuviese en Wild Thyme.

Para dar forma a la comisaría en sí, el Ayuntamiento había reservado una parte del edificio que hacía las veces de garaje municipal y estación de bomberos voluntarios. Abrí la puerta y la sostuve para que no se cerrara. Encendí un ventilador. No servía de nada nunca. A veces parecía que el aire del despacho llevaba sin renovarse desde 1967, cuando se construyó el garaje. No entraba ni salía ni una pizca. La mesa de al lado de la mía continuaba vacía. Mi última ayudante —Krista Collins, antigua empleada en el departamento del sheriff del condado— trabajó para mí unos cinco minutos antes de recibir otro destino, Afganistán en esa ocasión. Allí conoció a un sargento y me comunicó que probablemente nunca regresara a Pensilvania. Aunque pudiese contratar a alguien, había poquísimos graduados en la academia que buscaran un puesto rural mal pagado. Las solicitudes que recibía eran de policías ya mayores con quejas por brutalidad y problemas de disciplina, tíos que habían roto con sus departamentos y buscaban algún salvavidas. Si once dólares a la hora les merecía la pena, debían

de ser bastante penosos en general; de todos modos, tenía algunas solicitudes guardadas en el cajón.

Pensé en montar uno de mis controles de velocidad en algún punto del municipio, pero decidí no hacerlo. Era una mañana apacible de mayo, que precedió un alba dedicado a la caza del pavo, y, además, como policía de un municipio pequeño, existe una fina línea entre ser útil y dar por saco a la comunidad. Por ese motivo, solía centrar mis esfuerzos en las camionetas de cabina y media y en los camiones cisterna que llegaban desde otros lugares para trabajar en el yacimiento de gas de lutita ubicado en la formación rocosa de Marcellus.

Llamé al departamento del sheriff y pregunté si tenían noticias de robos, si había algún sospechoso. Nada fuera de lo normal, ni en Fitzmorris ni en los alrededores. Rellené casi por completo una denuncia penal, a falta de los nombres de los infractores, y la metí en un cajón de la mesa.

No mucho después de haber terminado con eso, se presentó el gerente municipal. Llevaba un polo a rayas, unas bermudas color verde guisante y unas botas polvorientas. Como dije antes, se llamaba Stephen Milgraham: el propietario/director de mediana edad de una empresa contratista. En secreto, yo lo llamaba el Individuo Soberano, o simplemente el Soberano, por sus inclinaciones libertarias. Al ser el mío un departamento unipersonal, mi rendición de cuentas ante los contribuyentes de Wild Thyme la hacía a través del Soberano. Por su parte, él me criticaba en público, se negaba a pagar la luz y se había llevado mi neverita.

—Steve, qué alegría, siéntate —le dije.

—Hombre, gracias. —El Soberano arrastró una silla hasta mi mesa y se sentó en el borde—. ¿Cómo van las cosas? ¿Muy ocupado?

—Siempre. Siempre hay algo.

—Me he encontrado con Rhonda esta mañana.

— Bien.

— Le has dicho que tenemos problemas de heroína.

— Las noticias vuelan.

— Henry...

Escupió jugo de tabaco de mascar mentolado en una botella de refresco. Steve conocía las carreteras y su mantenimiento, conocía a la gente que votaba en Wild Thyme y era una persona bastante apreciada. A mí me habría convenido apreciarlo también. Mi sensación, cada vez mayor, era que el Soberano estaría encantado si yo dejaba de detener a gente y me mudaba a otro condado.

— Venga ya, Stephen... —le dije.

— ¿Qué? ¿No tengo ya bastantes problemas? ¿Con Rhonda? Me estás pidiendo que...

— Stephen...

— A lo mejor fueron a por ella porque no le cae bien a nadie.

— Venga ya...

— Si necesitas más trabajo, dímelo — siguió Stephen mientras se levantaba como para dar el asunto por cerrado—. Pero no queremos que te pongas a inventar...

— No me he inventado nada...

— ... historias y que luego las incluyas en tus informes y les metas miedo a las pobres señoras del club de señoras.

— ... y no eres tú quien decide cuánto trabajo tengo.

— Ah, ¿no?

— Vale, sí. Pero, hazme el favor y lee los informes. Los de los últimos meses.

La llegada de la heroína al entorno rural había sido al principio un bochornoso secreto a voces, pero a esas alturas ya se publicaban artículos en la prensa. De hecho, durante los seis meses anteriores habría podido hacer todas las detenciones por drogas que hubiese tenido el tiempo y las ganas de hacer. Tenía

por costumbre pasearme con el coche por lo que aquí llamamos los Altos (una comunidad con pocos recursos integrada por delincuentes y desgraciados y emplazada en nuestros montes más altos) y saludar a la gente que veía por las casas. Al hacerlo, pensaba a veces: «¿Qué tendrá ese en los bolsillos, si es un matado?». Ahora que ya entraba de todo pensaba eso mismo de casi cualquiera, ciudadanos normales incluidos.

—Ya he visto los informes. ¿Y qué? Unos cuantos robos —dijo el Soberano.

—Unos cuantos robos al mes cuando antes solo había unos cuantos en todo el año. Posesión, sobredosis, accidentes de coche. Y si crees que me entero de todo...

—No, no lo creo. Mira, voy camino del trabajo. No pretendo ser un capullo. Tienes que hacer tu trabajo, pero podrías mantener cierta discreción. Tú y tus informes.

Mientras el gerente salía por la puerta, añadió:

—Steve, no soy yo quien les mete miedo a las pobres señoras. Eso lo entiendes, ¿no?

Era por la tarde, temprano, y estaba durmiendo plácidamente en mi mesa cuando me pitó el móvil: un mensaje de texto de Shelly Bray. Tenía a los dos niños en el colegio, al marido en el trabajo, los caballos alimentados y cero clientes en los establos: era la señal para que me pasara por su casa. Me quedaba media hora de margen para aparecer después de cada mensaje. Nuestro sistema era sencillo. Shelly nunca me escribía por otros motivos, y en cualquier caso solo ponía «eh qué tal» o «cómo vas», o un simple «hola». Y, si yo podía ir, iba.

Tomé el desvío para Fieldsparrow Road y aparqué el coche fuera de la vista de todo el mundo, en los terrenos de la granja del difunto Aubrey Dunigan donde tantos problemas habíamos tenido el año anterior. Crucé al trote aquellos campos llenos de maleza hasta el risco arbolado de arriba. Había un sendero que pasaba junto a una plataforma de pozos ya

talada pero aún sin perforar; era solo una explanada silenciosa cubierta por un manto fino de espiguilla. A lo lejos, más abajo, la sección de la roca abarcaba parte de la propiedad de los Bray. La cesión de tierras era otra manzana de la discordia entre Shelly y su marido. Ella se oponía férreamente a la fracturación hidráulica (opinión que yo compartía, por mis propios motivos), pero su marido lo veía como algo inevitable. Al final, ganó la cesión.

Hice una parada en la linde del bosque para observar el amplio valle dorado que rodeaba la granja de caballos de los Bray. Aquel sitio retumbaba de vida: un chorro de luz trenzada, el zumbido de los insectos y el aroma de las flores silvestres mezclado con estiércol y heno. Mientras me escabullía hacia la casa, sin apartarme de la línea de árboles, vi los dos caballos de Shelly menear sus colas bajo la escasa sombra de un manzano silvestre, sin hacerme ni caso. Wurlitzer y Pinky se llamaban.

Me quité las botas a la puerta de la cocina, por la precaución de no dejar huellas, y sentí un arrebató de deseo y de pura suerte cuando apareció Shelly bajando lentamente las escaleras. Era una morena guapa de unos cuarenta años, con una enorme sonrisa maliciosa. Esa mañana llevaba solo una camiseta blanca y limpia de tirantes y ropa interior a rayas. Pasó junto a mí camino del frigorífico y sacó una jarra de agua helada con rodajas de limón flotando. Sirvió un vaso y me lo ofreció.

— Pareces echo polvo. Vamos arriba — me dijo.

Desnudos bajo un caño de agua fría en la ducha del baño de invitados, me coloqué detrás de ella y le pasé las manos por el abdomen, unos músculos y una carne tan familiares ya para mí como la propia cara de Shelly. Bajé la mano hasta metérsela entre las piernas y casi me quedé sin respiración. Al notarme duro, Shelly se echó hacia delante con una mano

apoyada en los azulejos y la otra guiándome a su interior, sin protección. Aquello estaba demasiado bien.

—Joder, no, así no — dije.

Shelly me apretó contra ella, empujándome con una mano por detrás del muslo.

—Quiero que lo hagas. Quiero que te corras.

Me aparté antes de que fuese demasiado tarde y me quedé allí de pie, con los ojos vueltos y la espalda apoyada en los azulejos mientras Shelly se encogía de hombros y salía, primero de la ducha y después del baño. La seguí. En la habitación de invitados, me atrajo hacia ella de un tirón y nos tomamos nuestro tiempo para acabar lo que habíamos empezado, pero con protección. Después, nos quedamos tumbados uno junto al otro sobre la colcha, barridos por la brisa cálida que entraba por las ventanas abiertas.

—Tremendo — me dijo.

—Sí.

—¿Y mañana?

—Vale.

—¿Qué pasa, Henry?

—¿Qué pasa de qué?

Shelly agarró la camiseta del suelo y se la metió por la cabeza. Mientras se subía las bragas, añadió:

—¿Se ha apagado la chispa o qué?

—Ese no es el problema. El problema es el contrario.

—Podría separarme.

Era la segunda vez que me decía algo similar. La primera, una semana antes, no le hice caso.

—No quiero que lo hagas por mí. Piensa en los niños — le respondí.

—Henry, lo conozco desde hace años. No es mal hombre, pero, por favor, entiéndeme: está fatal, no tiene solución. No te atormentes por los niños. Les estaríamos haciendo un favor.

—Pero... no lo hagas por mí.

Shelly suspiró.

—¿Mañana, entonces?

Mientras me vestía oí las ruedas de un coche. En la planta de abajo, Shelly soltó algún taco.

—¿Henry?

—Salgo por la ventana —le dije.

Había memorizado el plano de la casa para un momento así, aunque nunca pensé que fuese a ser tan tonto para dejar que ocurriese. Descalzo, y con toda la agilidad posible en un hombre de metro ochenta, me plegué para salir por una ventana abierta y me dejé caer desde el alféizar, a tres metros del suelo. Luego me escabullí hasta esconderme detrás de una pila de leña. Al doblar la esquina estaban Shelly y su esposo, Josh, uno frente al otro, en el porche.

—Vaya sorpresa. —La oí decir.

—El aire acondicionado ha muerto, ¿qué te parece? Y nos han mandado a casa. Día libre.

—Pues me parece que es mentira, la verdad.

—A lo mejor solo quería verte —dijo Josh.

—Me sorprende, nada más.

Oí cerrarse de golpe la puerta mosquitera, me tumbé boca-riba en la hierba y me quedé mirando el cielo azul. Me acordé de mis botas. A los cinco minutos repté hasta la línea de árboles. En esa ocasión los caballos me observaron durante todo el recorrido. A salvo de nuevo en la oscuridad verde del bosque, me detuve a observar de nuevo la casa de los Bray e imaginé durante un instante cómo sería vivir ahí. Que nadie se equivoque: me sentía fatal merodeando por la casa de esa familia, con todas sus fotos y sus cosas. Pero para ser sincero también me sentía bien. Necesitaba algo así. Me dije que aquella sería la última vez, igual que había hecho la vez anterior.